dividual –por divergente de la norma que ésta fuera– frente al dócil doblegamiento ante lo mayoritariamente aceptado. [...] Barbarie es creer que la belleza puede mantenerse incólume al margen de la utilidad y la naturaleza, que puede basarse en lo absurdo o lo criminal, que es una pura efusión personal, sin responsabilidades ante otro foro que la conciencia del artista, que se aproxima tanto más a lo genial o a lo sublime cuanto más se acerca a lo inarticulado" ("Concepto y estética en George Santayana", en *Instrucciones para olvidar el 'Quijote'. Y otros ensayos generales*, Madrid, Taurus, 1985, pp. 43-44).

9 *Ibid*., pp. 159-160.

10 George Steiner, *En el castillo de Barba Azul. Una aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Gedisa, Barcelona, 1991, pp. 27-42.

11 La cita de Dawidoff es la siguiente: "Tocqueville thought the future was certain to be egalitarian, and he visited the only place he knew where a political regime had been instituted along democratic lines. *Democracy in America* is Tocqueville's early masterpiece about what Europeans could reasonably expect democracy to be like. Tocqueville left America and the subject of America behind him when he finished the book, devoting his energy and his intelligence to what had always been his interest –France and French politics and civilization. He did not became and Americanist or even an *American'te*. […] (His voyage with his friend Gustave de Beaumont to the United States was a trip to an inevitable future) to see how best to cope with the changes it was bound to bring to a French regime they were interested in reforming, but whose essential civilization they hoped to save." (Robert Dawidoff, *The Genteel Tradition and the sacred rage: High culture vs. democracy in Adams, James and Santayana*, Chapell Hill, North Carolina Press, 1992, p. xv.)

12 Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución*, FCE, México, 1996, p. 249.

13 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, FCE, México, 1963, p. 465.

14 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, tomo II, segunda parte, Alianza, Madrid, 1999, p. 89

15 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, FCE, México, 1963, p. 645.

16 Roberto Gargarella, "El republicanismo" en *Las teorías de la justicia después de Rawls. Un breve manual de filosofía política*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 175-176.

17 Walt Whitman, *op. cit*., p. 32.

18 Walt Whitman, "Prefacio de 1855 a *Hojas de hierba*", en Felix Martín, *Walt Whitman*, Madrid, Editorial Síntesis, 2003.

19 Luis Franco, *Walt Whitman*, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1945, p. 133.

20 Walt Whitman, *Hojas de hierba*, trad. de Jorge Luis Borges, Lumen, Barcelona, 2000, pp. 47-271.

21 Marco Tulio Cicerón, *La amistad*, Trotta, Madrid, 2002.

22 Walt Whitman, *Perspectivas democráticas*, *pp. cit*., p. 62.

¿Populismo en 2006?

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RUBÍ

La pregunta central sigue siendo: si López Obrador es presidente, ¿el populismo invadirá México amenazando su viabilidad económica?

La tesis de la amenaza populista, según la versión del PRD, es producto de la alianza entre el interés político y la ignorancia democrática: el primero representado por el evidente deseo del presidente Fox de que Santiago Creel hubiese sido su sucesor en el cargo; la segunda, por la falta de información suficiente y objetiva sobre la nueva realidad política de un sector del empresariado mexicano. Dicha tesis es, simple y llanamente, falaz. Hoy, el populismo puede entenderse de dos formas: como un discurso político que ensalza al "pueblo" en detrimento de las instituciones representativas, y como el establecimiento de políticas presupuestarias expansivas con fines de manipulación política.

En el caso mexicano actual, el populismo es entendido primariamente como la práctica gubernamental definida por el gasto de dinero "virtual" (que no existe como tal sino prospectivamente) para ganar popularidad y votos.

El problema de este populismo es que, tarde o temprano, el gobierno recurre a la contratación de deuda para mantener el ritmo y extensión del gasto público, lo que invariablemente termina disparando la inflación. Pero, bajo la condición democrática de pluralismo político, la existencia de un gobierno populista *stricto sensu* resulta en extremo difícil. Todo gobierno democrático está sujeto a restricciones jurídicas (la Constitución y las leyes), políticas (la oposición legislativa y los gobiernos locales), mediáticas (la opinión de los medios de comunicación electrónicos e impresos dentro y fuera del país en cuestión) y económicas (los grupos del capital) sumamente difíciles de ignorar y, sobre todo, de derrotar. De ahí que todo partido en el poder, no obstante su pasado en la oposición, su autoubicación en el espectro ideológico y su correspondiente discurso, tienda al conservadurismo y al pragmatismo, especialmente en el sensible, complicado y problemático campo económico.

Aún no sabemos si López Obrador será presidente, pero de serlo, no podría convertirse en el peligroso populista que anuncian Luis Pazos, Claudio X. González y Carlos Borunda (*Proceso*, núm. 1489). Por dos razones fundamentales que incorporan directamente las restricciones antes mencionadas: 1) el uso y abuso del presupuesto sería el motor del "populismo lopezobradoriano". Pero, tras la extinción sucesiva de la hegemonía priista y el poder presidencial metaconstitucional (1997), el presupuesto no es producto de la voluntad del presidente en turno sino de la negociación entre éste y la Cámara de Diputados, órgano facultado por el artículo 74 constitucional para modificar y aprobar la sección presupuestaria de egresos.[1]

El candado mexicano contra el populismo radica en que dentro de una democracia equipada con un sistema de gobierno presidencial y un sistema plural de partidos, el sistema electoral mixto –una combinación de mayoría relativa y representación proporcional– continuará repartiendo el poder entre los partidos al grado de impedir el control monocolor de la presidencia y las Cámaras del Congreso (gobierno dividido). En consecuencia, quien gane la presidencia, sea del partido que sea, estará obligado a negociar la aprobación del presupuesto con diputados opositores en su mayoría.

Suponiendo que López Obrador sea presidente y diseñe un presupuesto irresponsable, ¿por qué aprobarían los diputados del PRI y del PAN un presupuesto que no sólo considerarían equivocado sino que sería políticamente rentable para su adversario? Es más, si López Obrador sigue la "ley de las reacciones anticipadas", no enviará a la Cámara baja una iniciativa de presupuesto de aprobación claramente improbable (aun después de su posible veto); 2) el gobierno populista es una empresa inconveniente en términos de racionalidad política y eficacia gubernativa.

Si bien no lo ha hecho ni lo hará explícito en su discurso de campaña, el ex jefe de Gobierno del Distrito Federal sabe que enemistarse con los poderosos grupos del capital generaría grandes costos económicos y, por tanto, políticos; que el Fondo Monetario Internacional puede presionarlo fuertemente en alianza con dichos grupos; que la compleja vinculación multidimensional (comercio, migración, seguridad, política internacional) entre México y Estados Unidos no tiene fecha de caducidad, y que muchos medios de comunicación someterán su política económica a un intenso monitoreo crítico. En suma, López Obrador sabe que le sería imposible tomar decisiones con expectativas de éxito en medio de un conflicto con todos estos "factores reales de poder".[2]

Bien lo ha dicho Denise Dresser: "una cosa es lo que se dice y otra lo que se hace. Una cosa es el luchador en el ruedo y otra el presidente en la silla ("¿Lula o Chávez?", *Reforma*, 9 de mayo de 2005). No olvidemos que ningún político en el poder se inclina por instrumentar un plan apegado a sus convicciones genéticas si éste no goza de una mínima aceptación –o indiferencia– entre los "factores reales de poder". ¿No es éste el caso de Lula Da Silva, otrora intransigente opositor a la llamada globalización neoliberal y sus organismos voceros, ya instalado en la presidencia de Brasil? A pesar de su discurso histórico electoral, Lula es un presidente tan ortodoxo económicamente como aquellos que solía criticar.

¿Populismo en 2006? Hasta el momento, una respuesta afirmativa no cuenta con sustento alguno.

1 El recientemente reconocido veto presidencial en la materia es un instrumento más dentro de la negociación, ya que los diputados están obligados a aceptar la formulación de las observaciones mas no a obedecerlas. Las dos terceras partes de la Cámara pueden aprobar de nuevo el mismo presupuesto.

2 Léanse sus declaraciones al *Financial Times* el 24 de mayo pasado.